

Año uña*

MARU ROCHA



Este filme es uno de los más peculiares casos de “cine experimental” que se han realizado hasta ahora, cuya originalidad fundamental radica en varias rarezas que, a su vez, la convierten en una pieza única, auténtica y... totalmente mexicana. No existe ningún largometraje con el estilo con que fue concebida: sin movimiento, construida a base de puras fotografías secuenciadas, casi como si asistiéramos a la exhibición de un sinfín de diapositivas con diálogos grabados aparte, y hasta con “voces en off”.

Jonás Cuarón (hijo mayor de Alfonso Cuarón) fue quien tuvo la osada idea de generarla en 2007 como su ópera prima y hasta llevarla a varios festivales de cine en donde fue bien recibida. Jamás ha sido exhibida en cines de Colima (y seguro que tampoco en otros estados de la provincia mexicana) y, por lo visto, no lo será en virtud de esa experimentalidad con la que se aventuró a ejecutarla. No es cine para presentarlo en las grandes pantallas, no por que escasee su calidad sino porque este tipo de cine “no vende”.

El entramado de su construcción como filme es de lo más interesante, así como su propuesta visual y el diseño segmentado de su trama. Es importante mencionar el origen de esta producción para comprenderla mejor: Jonás estudió Artes Plásticas en EU, durante cuatro años (2001-2005). Durante ese lapso tomó aproximadamente tres mil fotografías de su entorno familiar y que, precisamente, son las que utilizó para crear su película. Las acomodó de acuerdo a la historia ficticia que les inventó a sus “personajes”. Un álbum de familia transformado en película. Por cierto, es semejante parcialmente al estilo del

director-actor Gabriel Retes, quien también utiliza como elenco en sus películas a su familia (que, en este caso, sí son actores la mayoría).



Así, aparece su medio hermano Diego Cataño (sólo él es actor; tuvo cierta notoriedad en otra cinta sui géneris, *Temporada de patos*, del también joven realizador mexicano Fernando Eimbcke). Su personaje es “Diego”: el puberto en plena efervescencia de la edad del despertar sexual obsesivo y desenfrenado. Igualmente, Eireann Harper, esposa de Jonás: la “gringuita Molly” que viene a México (D. F.) a estudiar español durante sus vacaciones, como parte necesaria de su carrera de sociología en EU y que es cuando conoce a Diego. Ambos son los “actores principales” de esta historia.



También aparecen otros familiares más: su abuela Michel Alban (la “abuela Michel”); su madre Mariana Elizondo, representando el papel de la vida real (“Mamá”), que lo es tanto de Diego como del propio Jonás; Mateo y Emilia García (sus “primos”), así como dos personalidades destacadas del mundo del arte en México: el escritor Salvador Elizondo (el “abuelo”) quien falleciera en 2006, sin saber siquiera que “actuaría” como personaje semi-ficticio en una rara película de su atrevido nieto. Asimismo, la reconocida fotógrafa Paulina Lavista (ha alcanzado gran notoriedad por ser la retratista por excelencia de los escritores más famosos de América Latina; entre ellos, Borges y muchos más), ella fue la segunda esposa de Elizondo y como tal aparece.

Así las cosas, Jonás tomó ese cúmulo impresionante de fotografías, las ordenó y secuenció de acuerdo al “guión” que inventó para cada uno de sus parientes-personajes y creó esta cinta en la que la historia central versa acerca de ese despertar de la adolescencia de Diego: chavito defeblo clasemediero, inocentón y excesivamente delirante en cuanto a esa fogosidad que le provoca el surgimiento de su aún incipiente sexualidad. Su fijación erótica la canalizaba inicialmente hacia su prima Emilia, hasta que conoce a la “gringuita Molly” de 21 años, de la cual queda totalmente prendado, entre la dulce inocencia y el intento de lanzarse a “conquistarla” con sus catorce añitos.

Hay algo que llama la atención no sólo en la forma ya de por sí atípica e inusual en que nos presenta su cinta el joven Cuarón, sino algo más de fondo, como si estuviera construida a base de dualidades, ambivalencias o acaso bipolaridades: la transición blanco y negro-a colores, graduando o “tiñendo” las imágenes/secuencias de acuerdo al transcurso del tiempo en pantalla, como si se fuera “madurando” poco a poco la propia historia; la curiosa relación Diego-Molly; el mutuo amor-odio (o, al menos, la admiración-aversión) entre lo mexicano-lo gringo.



De lo anterior se desprende también otra cuestión que no es precisamente agradable y que, seguramente a otros espectadores les puede resultar chocante: resulta algo fastidioso el estilo con que nos presenta al personaje de Diego como un adolescente chilango cuyo léxico verbal se limita a las poquísimas expresiones que actualmente utiliza la mayoría de jóvenes no sólo del DF, sino —lamentablemente— de todo México en general (“¿qué pedo, güey?”, “¡no maaanches, güey!”, “¡qué güeeeva, güeeey!”...), pero que en el contexto defeño se remarca aún más por su distinguible tono de voz.

Por contraparte a esa pesadez, está el “personaje” de la gringuita que, por cierto, rescata notoriamente a la “trama” de la cinta: Molly no es exactamente la típica turista gringa que desprecia y “hace ascos” a todo lo mexicano, sino que posee una sensibilidad y una atención especial hacia todo lo que representa nuestra mexicana idiosincrasia, captándola y admirándola con respeto, curiosidad y deseos de conocerla más profundamente.

Año uña no es, en modo alguno, una “joya de la cinematografía” pero sí resulta atractivo su novedoso estilo de concebirla y que vale la pena admirar. Para quienes estén interesados en verla, y en virtud de que no fue ni será puesta en cartelera en Colima, será exhibida próximamente en *Quisqueya* eco-arte-café (www.quisqueya.com.mx): el viernes 3 de febrero a las 21 horas.

marurochaz@yahoo.com.mx

*Publicado en El Comentario Semanal (lunes 23 de enero de 2012).